

**GUSTAVO BAZ**  
*y sus juicios como revolucionario,  
médico y político*

*(entrevista)*

*por*

ALICIA OLIVERA DE BONFIL

*y*

EUGENIA MEYER



INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA  
MÉXICO

1971

BIBLIOTECA NACIONAL  
MEXICO

004163 25.1.72

Derechos reservados conforme a la ley.  
© Instituto Nacional de Antropología  
e Historia—Culhuacán—México, D. F.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

Queremos enfatizar, una vez más, la importancia de la labor que está desarrollando el Archivo Sonoro del Departamento de Investigaciones Históricas, del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

La idea de haber contado con las relaciones verbales de los más importantes caudillos, tanto de épocas pasadas, como de las más recientes, nos hace pensar en un enfoque distinto de la Historia. El tener las versiones auténticas y personales de los hombres que han participado en diversas etapas del desarrollo histórico de nuestro país, nos permitirá contar con otra fuente —además de la bibliográfica y la documental—, que nos ayudará a realizar, en forma más completa y más verídica la tarea de la investigación.

A medida que transcurre el tiempo, tenemos más entusiasmo al realizar nuestra tarea de grabar, organizar y utilizar estas entrevistas; puesto que nos hemos dado cuenta de que la mayor parte de los personajes que hemos entrevistado se han prestado de buena voluntad, y han cooperado en forma efectiva e inesperada a la realización de nuestra tarea.

Toca ahora el turno a uno de los personajes más polifacéticos, por así decirlo, y más destacados tanto en la vida política, como en la vida médica; en fin, en la marcha de nuestro país en su etapa moderna, es decir, a partir de la Revolución de 1910. El doctor Gustavo Baz Prada, nos concedió dos entrevistas consecutivas que ahora se publican, en las cuales nos relata hechos muy importantes de su participación, en distintas etapas de su vida, en los diferentes aspectos del desenvolvimiento de nuestro país, ya fuera como estudiante de medicina, o como revolucionario zapatista, encabezando el Gobierno del Estado de México, en 1915, o como director de la Escuela de Medicina. Luego, sus expe-

riencias como Rector de la Universidad, como Secretario de Salubridad y Asistencia y nuevamente, y haciendo por su parte, un análisis comparativo, como Gobernador, otra vez, en 1957, del mismo Estado de México.

Son muy importantes, asimismo, sus recuerdos y las opiniones que emite en el transcurso de esta entrevista, como simple ciudadano o como humanista de un alto nivel intelectual.

Tomando en consideración lo antes dicho, no necesitamos insistir en la importancia de sus juicios por venir éstos de un hombre que ha participado en tantas y tan variadas actividades en la historia de nuestro país.

En forma muy somera daremos a conocer algunos de sus datos biográficos, a modo de breve introducción, ya que éstos han sido varias veces publicados, además de que él mismo, durante la entrevista, hace mención de los más importantes.

Es hijo del Estado de México, lugar de gran tradición liberal y vanguardista. Nació en Tlalnepantla, el 31 de enero de 1894, hijo de Don Eduardo Baz y de doña Sara Prada de Baz, quienes procrearon cinco hijos: Jorge, Angelina, María Teresa, Miguel Angel y Josefina.

Realizó sus estudios primarios en la ciudad de Guadalajara, trasladándose con su madre a Toluca, donde cursó sus estudios preparatorios en el Instituto Científico y Literario, concluyendo en 1912.

En 1913, inició sus estudios en la Escuela Nacional de Medicina. Como él mismo nos relata, fue el primero de su familia que se inclinó por esta especialidad, con auténtica vocación.

La Revolución estaba en plena efervescencia y era difícil, que siendo nuestro entrevistado, un joven inquieto y enterado de los problemas de ese momento, no se interesara en ellos. Junto con un grupo de maestros y compañeros, que con él participaron, primero en las juntas revolucionarias, fueron lanzados después, todavía jóvenes e inexpertos, a la vorágine del movimiento social que se estaba efectuando en el país.

Este grupo, y otros parecidos, de distintas profesiones, entre los que destacaron maestros, abogados, médicos e ingenieros, participaron en el movimiento y constituyeron, desde ese momento, el equipo pensante, puesto que los hombres de armas, generalmente eran no sólo incultos, sino analfabetas; aunque conscientes del peso de la injusta situación creada para ellos durante el Porfiriato y aún antes, desde la época colonial. Este grupo de jóvenes —decíamos— se constituyó en poco tiempo, en el elemento intelectual dirigente; sólo así podemos explicarnos que jóvenes de dieciocho o diecinueve años, como el mismo doctor Baz lo subraya varias veces, hubiesen podido tomar en sus manos las riendas de un Estado de la República, organizar campañas e incluso redactar importantes planes de acción.

Al iniciarse 1914, fueron invitados a unirse al general Felipe Angeles, que militaba en el norte del país; pero por circunstancias que él mismo nos relata se incorporaron en las filas del Sur. Es desde este momento que nosotros captamos con verdadero interés las impresiones de un joven cuya vida sedentaria de estudiante, se vio bruscamente interrumpida, iniciándose para él la vida del revolucionario, que sobreponiéndose a la dureza que le significó esta prueba y a tantas circunstancias adversas, se constituyó en elemento activo del movimiento zapatista.

Sus impresiones sobre los primeros revolucionarios, son también tema destacado de nuestras entrevistas.

No sería sino hasta concluida la etapa armada de la Revolución, cuando Gustavo Baz podría continuar sus estudios para recibir su título de médico cirujano el 1º de mayo de 1920. Desde entonces su carrera ha ido en ascenso llegando a ocupar importantes cátedras dentro de la Facultad de Medicina, así como distinguidos cargos honoríficos, administrativos, políticos y académicos.

No ha escapado a su atención la superación de los estudiantes mexicanos, ni el bienestar corporal y asistencial del pueblo para quien creó el Hospital del Niño, el Instituto

de Cardiología y el Hospital de la Nutrición, y para que su labor continuara creó el Seminario de Estudios para la Construcción de Hospitales, con los mejores arquitectos del país, para que vigilaran y mejoraran la construcción de aquéllos. La superación y el bienestar —como veremos a través de la entrevista—, han sido también sus metas principales.

Para concluir diremos que la obra creativa de Gustavo Baz no ha concluido, sigue sirviendo al pueblo, como médico, en el Hospital de Jesús, donde atienden a todo aquel que no tiene servicio dentro del ISSSTE y en el Seguro Social. Ha cumplido ya 50 años de ejercicio profesional, y esto nos habla de la calidad de un hombre perteneciente a una de las generaciones más activas de nuestro país, así como de la entrevista que ahora damos a conocer.\*

\* El lenguaje original de la entrevista se ha conservado, salvo los casos en que se requirió añadir signos de puntuación que permitieran su mejor comprensión.

Entrevista realizada con el doctor Gustavo Baz Prada, en la Ciudad de México, el día 7 de agosto de 1970, por Alicia Olivera de Bonfil y Eugenia Meyer.

E.M.—Antes que nada, le agradecemos el tiempo y la molestia que se toma en atendernos. Hemos tenido mucho interés en esta entrevista, porque consideramos que podemos aclarar muchos puntos que aún permanecen oscuros para nosotros, sobre temas básicos de la Revolución, e incluso del desarrollo del país, después de ella. Gracias al folleto que conocimos, sobre su jubileo profesional, nos enteramos de una parte de sus datos biográficos; pero quisieramos ampliar éstos en alguna forma. Por ejemplo, ¿recuerda usted algunas impresiones familiares que desee relatarnos?

G.B.P.—Yo vine a estudiar a México en 1913, vivía aquí, a dos calles del Zócalo, en la calle que se llamaba de Flamencos, y estando ahí, nos despertaron un día, como a las 5 de la mañana, porque algo estaba pasando en Palacio, nos asomamos y era que llegaba la Escuela de Aspirantes a tomar Palacio, en un acto revolucionario en contra del Sr. Madero. Estuvimos en el balcón, viendo cómo se posesionaron de Palacio los Aspirantes y poco después, como a las nueve y media o diez llegaba el general Delgado con sus soldados. Los Aspirantes creyeron que venían a reforzarlos y los dejaron llegar. El general Delgado los desarmó y los hizo prisioneros. Poco tiempo después extendió sus fuerzas frente a Palacio pecho a tierra, con ametralladoras y rifles y como a las once u once y media se oyó un tropel y se escucharon gritos de "Viva el general Reyes". Venía el ge-

neral Reyes al frente de un grupo de hombres que no eran soldados, aunque algunos venían armados y creyendo que estaba Palacio en poder de los Aspirantes que lo esperaban, a pesar de haberle insinuado el general Delgado que se detuviera y se rindiera, él avanzó, ordenaron fuego, y ahí cayó Bernardo Reyes, en el pavimento del Zócalo, junto con otras muchas personas. Cuando todo se tranquilizó, pudimos salir y ver, con desagrado, cómo eran quemados unos sobre otros los cuerpos de la gente que había caído muerta en el Zócalo. Pasó ese momento, vino el señor Madero acompañado de los Cadetes del Colegio Militar a tomar Palacio; mientras se refugian en la Ciudadela, como es ya sabido, el general Díaz y Mondragón y comenzó allí entonces la famosa "Decena Trágica", que ha sido tan descrita que es inútil que me ponga a describirla en este momento; pero claro, en un joven como yo, que tenía 18 años y que veía arengar desde el balcón, al general Blanquet a sus fuerzas, diciéndoles que había sido preciso hacer prisionero al señor Presidente, porque así convenía a la Nación, y que se pondría paz, por la razón o por la fuerza, y unos cuantos días después, el señor Madero era asesinado en el camino a Lecumberri; eso provocó en mí una gran reacción, como en toda la juventud de México, en contra del usurpador Victoriano Huerta.

Comenzamos a asistir entonces a juntas revolucionarias, que se celebraban aquí en el Distrito Federal. Yo entonces iniciaba mi carrera en la Escuela Nacional de Medicina, pero las prácticas como estudiantes las hacíamos en la Escuela Médico Militar de El Cacahuatal; así es que andaba uniformado y eso me daba cierta libertad para moverme dentro del medio de Victoriano Huerta, pero a pesar de eso, como lo escribo en mis memorias, un domingo, me encontré a un compañero que rápidamente me dio un papel y corrió. Leí el papel en que decía: "nos han descubierto, no vuelvas a tu casa porque te están esperando, vete a San Angel en donde encontrarás al doctor Alfredo Cuarón y sigue



sus instrucciones". La primera impresión fue de pánico, creo haber temblado y volteando para todos lados, como si hubiera fantasmas por todas partes. Me fui a San Angel, me tranquilicé cuando vi al doctor Cuarón muy tranquilo y nos fuimos hasta Puente de Sierra. Puente de Sierra, era un pueblecito en donde ahora está construida Ciudad Independencia. Eran unos terrenos, propiedad de un señor que después se decía general Miguel Martínez, y ahí pasamos unas cuantas horas, me quité algo de lo que traía puesto, ya que era un domingo, me regalaron ahí un gabán, un poquito viejo, con algunos agujeros, me montaron en un caballo a las dos de la mañana —nunca había montado a caballo—, y salimos rumbo al Pedregal, yo dejé que el caballo se guiara —porque la oscuridad era grande—, por los caballos que iban adelante y así seguimos guiados en la primera etapa por un joven que acostumbraba llevar periódicos de México a Contreras: Vicente Navarro. Llegamos con él al Pedregal, cuando ya salía el sol y por veredas conocidas por él, nos condujo hasta la Cueva de la Concha, en donde nos había prometido que tomaríamos el desayuno. Yo no había cenado, no había dormido y tenía hambre, esperaba realmente que hubiera desayuno. Vicente Navarro se metió en la cueva y sacó de dentro, un costal con unas tortillas, que habrían tenido más de ocho días de fabricadas. Algunas de ellas tenían, podríamos decir ahora, penicilina; tenían moho ver-doso, que les quitamos, porque no había remedio y haciendo la lucha, comenzamos a comer aquellas tortillas duras puesto que no era otro el desayuno. Más tarde tomamos otra vez los caballos y seguimos por el lado derecho del Ajusco, hasta llegar al campamento de Valentín Reyes. Cuando las fuerzas de Valentín Reyes nos vieron comenzaron a tirar, entonces se adelantó uno de los que nos acompañaban, que era hermano de Valentín Reyes, que se llamaba también Bernardo Reyes y con un cuerno comenzó a hacer señales, ya entonces cesó el fuego y llegamos hasta donde estaba Valentín Reyes.

A.O.B.—Doctor Baz, quiero hacer un paréntesis, usted como personaje público, como hombre político, es reflejo de una época; entonces, nos interesan también muchísimo sus impresiones desde la escuela primaria. Quisiéramos retroceder un poco y que usted nos refiriese algo sobre su formación en la Escuela, por ejemplo, en la Escuela de Guadalajara. Si usted estudió en un colegio laico o si fue un colegio religioso. Posteriormente en el Instituto Científico y Literario de Toluca y después si perteneció a algún club o grupo estudiantil con alguna tendencia, con algún interés cultural o político. En fin, poco se sabe de este aspecto de su vida. Son casi recuerdos, y el único que puede hablar de ellos es usted. Algo sobre la formación de sus abuelos, qué tendencias tenían. Cuál fue el impulso que lo llevó, aparte de esa impresión un poco brusca, de la matanza de la “Decena Trágica”, y el asesinato del Presidente. Algo más que usted recuerde, ya que en un joven se forman las ideas, la vocación y los impulsos, a partir de su niñez. Entonces, como muy poco se sabe de esto, quisiéramos que haciendo un paréntesis, nos refiriese algunas cosas que le hayan quedado grabadas.

G.B.P.—Sí, mi niñez fue la de fin de siglo, y de principio de siglo.

A.O.B.—¿Usted oyó hablar de don Porfirio?

G.B.P.—En la última época de don Porfirio.

A.O.B.—¿En qué condiciones Doctor?

G.B.P.—Al principio, viviendo en Guadalajara, el Gobernador del Estado era el general Ahumada. La paz en Guadalajara era absoluta, una burguesía tranquila, pues dominaba la situación de una población que todavía, era netamente pueblerina. Yo estudié mis primeros años de primaria en la Escuela que se llamaba anexa al “Liceo de Varones”, con una señorita Guadalupe Espinosa de los Monteros. Allí también, en aquella época, había una norteamericana que puso un salón, en donde nos enseñaba a bailar, a pesar de que éramos unos niños. Creo que mis pantalones no deben

haber tenido ni 15 centímetros de largo cuando íbamos a que nos dieran clases de baile, porque el clima de Guadalajara hace que los niños usen pantalón muy corto; jugábamos al aro o patinábamos en el jardín de San Francisco y la vida pasaba como la de los niños de clase media pobre, con pocas diversiones y pocas necesidades; pero, la situación de mi familia, que venía a menos económicamente, obligó a mi mamá a venirse a dar clases de francés a Toluca y entonces nos trasladamos de Guadalajara a Toluca, en el momento en que mis piernas crecían más aprisa que los pantalones. Así fue que cuando vine a Toluca y hacía más frío, mis compañeros, con un resorte y cáscaras de naranja, me pegaban en las piernas desnudas y me hicieron pedirle a mi mamá que me comprara los primeros pantalones largos y, así llegué a Toluca a estudiar. Al llegar a Toluca, naturalmente, la mente del adolescente cambiaba ya por la mente del niño y pues, me ponían como ejemplo a algún otro joven de provincia, que habiendo llegado a Toluca, había hecho progresos grandes y yo me propuse superarlos. Por fortuna, los superé y pasé mis estudios de Preparatoria en Toluca hasta obtener el grado de bachiller en 1912.

A.O.B.—¿Hubo algún maestro en especial que haya influido en usted, o algunas lecturas, en ese tiempo?

G.B.P.—Bueno, más que un maestro, era la época en que en México, los jóvenes leíamos mucho. No había radio, no había casi cine, ni menos televisión; no estábamos tampoco organizados en grupos de excursionismo. En Toluca no había más que un librero que tenía a la calle un aparador que era una ventana, convertida en aparador, con el cual estaba yo siempre endrogado, con abonos de 20 centavos cada ocho días, para leer. Por fortuna, los libritos costaban 60 u 80 centavos y en esa época, pues leí todos los grandes escritores de la prerrevolución rusa, a Dostoievski, a León Tolstoi, a Gerant, a todos ellos, hasta que llegó un momento en que me sentí medio malo y dije, no, la influencia de estos señores me está haciendo creer que yo también soy muy malo.

Entonces me puse a leer los clásicos españoles; leí a Víctor Hugo, después leí a Gogol, leí a Ceñeros y seguía leyendo, porque no tenía otro quehacer más que leer, así es que en mi primera juventud, pude leer muchísimas cosas. Ya cuando llegué aquí a México, me encontré con otros compañeros que indudablemente habían tenido otras actividades, pues habían leído mucho menos que yo, porque uno de mis vicios fue, precisamente leer. Creo, que difícilmente, podría hablar de los juegos de las canicas y del trompo, porque nunca lo hice, casi no tuve deportes; mi deporte fundamental era leer, así es que llegué aquí. Me acuerdo de dos anécdotas muy chistosas de mi vida; todos tenemos ocasión de referir cuando dimos el primer beso; estábamos jugando en el jardín de San Francisco y había una chiquilla que debe haber tenido probablemente diez años y andaba jugando al aro, tenía unas bellas trenzas negras, me escondí detrás de un árbol y cuando pasó le intercepté las trenzas y al jalar la cabeza para atrás le di un beso y eché a correr.

E.M.—¿Doctor Baz, qué lo decidió a usted a estudiar medicina?

G.B.P.—Es de las cosas intuitivas ¿ve? yo no tenía contacto en Toluca con ningún médico, más bien, debía haber tenido repulsión, porque un joven médico recién llegado a Toluca con mucha fama, fue llamado para verme, porque tenía una pequeña fiebre y me declaró tuberculoso. Entonces me mandó que en lugar de hacer ejercicio me fuera a acostar en una banca a la Alameda y recibiera el sol todo el día y casi no me moviera; pero, una mañana me inspiró no sé quién y en lugar de irme a la Alameda me fui a dar un regaderazo frío y me fui a correr, y a los tres días de darme el regaderazo frío y correr se me acabó la calentura. Así, es que más bien tenía que haber reaccionado contra eso, sin embargo no.

E.M.—¿En su familia había habido médicos anteriormente?

G.B.P.—No, ninguno que me precediera. Fue una cosa intuitiva, de curiosidad hacia los misterios mismos de la vida; a buscar, a investigar, las reacciones tanto mentales como biológicas del individuo. Quizá eso fue lo que más me llevó a estudiar medicina, pero soy de los que nunca dudé ni un minuto. Alguna vez, aquí en la Preparatoria, me invitaron a dar una conferencia de orientación profesional. Estaba diciéndoles cuáles eran las características para cada carrera, cuando un jovencito muy simpático se levanta y me dice: "bueno y yo, cómo sé qué cosa quiero"; yo le contesté: "mire, los jóvenes se dividen en tres, en los que desde el principio saben lo que quieren y esos no son nunca problema; los otros como usted, que necesitan acercarse a sus maestros, ver todo y seguramente van a encontrar su camino. Los terceros son los que nunca encuentran su camino y éstos son los que van a barrer las calles de la ciudad". Yo desde el principio supe lo que quería y nunca me desvié, ni la Revolución, ni los puestos públicos, por mucho éxito que haya tenido en ellos, me desviaron nunca, como todavía no me desvían y creo, como lo he dicho siempre, que si me muriera y volviera a vivir, volvería a ser cirujano.

E.M.—¿Dr. Baz, de acuerdo con lo que leímos en su *curriculum* nos damos cuenta que era el doctor Urrutia, el Director de la Escuela de Medicina, cuando fue usted estudiante, suponemos que es el Urrutia que tuvo relación con Victoriano Huerta?

G.B.P.—Cuando nosotros conocimos al doctor Urrutia, todavía no pertenecía al gobierno, él fue a dar con un gran prestigio de cirujano como Director de la Facultad. Había transformado la Facultad de Medicina, es decir el precioso edificio colonial, pues en una cosa de *nouveau riche* y había metido mosaicos de mayólica y macetones de porcelana con flores, haciendo del patio una cosa un poquito grotesca. Sin embargo, le daba un tono de color y un poco de alegría al patio severo, del que fue edificio de la Inquisición. Una vez que triunfó Huerta, salió de Director de la Facultad de Me-

dicina, se fue al gabinete y fue substituido por alguna otra persona que era general, pero no me acuerdo su apellido; esto sucedió cuando me fui a la Revolución.

E.M.—¿Y cómo es que decidió unirse verdaderamente a la Revolución, aparte de las impresiones de joven en la Ciudad de México? ¿Por qué se unió a los zapatistas finalmente?

G.B.P.—Nosotros nos reuníamos aquí en México, fui invitado por el doctor Alfredo Cuarón que era médico militar, tenía el grado de coronel, yo tenía el grado de sargento, platicábamos nuestras inconformidades. Cuando él se dio cuenta que podía tener seguridad en la firmeza de mis ideas, me invitó a comenzar a asistir a las juntas revolucionarias, naturalmente los que se reunían en las juntas revolucionarias, aprovechaban que yo podía andar vestido de militar, para que pudiera llevar mensajes y algunas veces, hasta movilizar armas desarmadas dentro de una maleta para llevarlas de un sitio a otro.

E.M.—¿En la Ciudad de México?

G.B.P.—En la Ciudad de México, y esa forma de participar en la conspiración fue la que como siempre fue exaltando cada vez más, la idea de la guerrilla realmente citadina que termina en la otra. Nuestro propósito era unirnos a la Revolución del Norte. Cuando fuimos descubiertos, hacía poco que había llegado una solicitud del sur pidiendo médicos y en el momento de descubrirnos y tener que hacer la desbandada de los que nos uníamos no teníamos más salida rápida que la de Morelos y por eso nos fuimos a unir allá. Una vez que llegamos al campamento de Quila, que está cerca de la Laguna de Zempoala, entonces puede decirse no muy tranquilamente (porque como ciudadanos nos tuvieron desconfianza), entonces nos separaron al doctor Cuarón y a mí. A mí me dejaron en el campamento de Quila, con la coronela Rosita y un pequeño destacamento y al doctor Cuarón se lo llevaron con el general Zapata y ahí comenzó mi primera odisea, mi primer noche en ese cerro, que había sido quemado por los federales y en donde

la primera noche —que era una noche de luna— y sentado en uno de los árboles cortados, oí gritar a los coyotes, como único ruido en la noche, me preguntaba a mí mismo “bueno y yo que estoy haciendo aquí”.

A.O.B.—¿Doctor Baz, cuáles fueron las impresiones que tuvo en su primer contacto con los revolucionarios verdaderos, con los hombres de armas. El general Pacheco, por ejemplo, que impresión le causó a usted?

G.B.P.—Cuando llegué con el general Pacheco, al primero que vi fue a Valentín Reyes, que era un hombre guapo, alto, muy blanco, muy chapeado, de pelo muy negro ondulado, de tipo muy varonil. Sereno, tenía su campamento aquí, por los Dinamos, atrás del Ajusco; y ahí, pasé mi primera noche en que, por primera vez, el frío de la humedad de la tierra, invadía mi cuerpo hasta llegar al dolor y entonces me cambiaba del otro lado para que pasara lo mismo. Al día siguiente, salimos a caballo al campamento de Quila y ahí encontré al general Pacheco. El era un hombre ya viejo, debe haber tenido un poco más de 60 años. Había sido sacristán de la iglesia de Huitzilac; era un hombre que tenía las reservas del indígena, probablemente las supersticiones de esa religión católica que circula entre nuestros campesinos, que es, más que cristianismo, un paganismo lleno de supersticiones y de frustraciones. El tenía energía, pero al mismo tiempo, tenía lo ladino del indígena. Me acuerdo una vez, que tenía prisioneros a cuatro de los más notables del pueblo de Huitzilac, que habían sido quienes vendieron los terrenos de la región a los acaparadores de la tierra y los había sentenciado a muerte. En la noche, sentados él y yo en la sacristía de la iglesia de Huitzilac, comencé por decirle que esa gente merecía todo el castigo necesario, pero poco a poco le iba diciendo... “lástima que estos hombres estén ya tan grandes, les queda ya muy poca vida, una ejecución en ellos no es una cosa útil...”, tratando de ir influyendo en él, por si acaso conseguía que evitara la ejecución, porque los iban a fusilar al otro día a las 5 de la mañana. El se iba ablandando

poco a poco, hasta que de repente reaccionaba, daba un golpe en la mesa y me decía "pues también a usted lo fusilo". "Bueno, mi general, si en realidad nada más estamos platicando sobre las cosas que pasan en este mundo" y la lucha duró así hasta las dos de la mañana, en que me mandó que me saliera de ahí y al otro día los fusilaron, a los cuatro. Se veía en él la firmeza de la convicción que tenía en contra de todos aquellos que habían acaparado la tierra, desposeyendo a los campesinos y cómo en el Sur, esa idea de tierra y libertad, no era un simple *slogan*, sino era una convicción que se realizó ciento por ciento en el tiempo en que esta gente mandó. Después de él, conocí a Genovevo de la O, en el campamento de Santa Marta, que está en el camino de Cuernavaca, en la parte que forma el cuerpo ya para bajar al valle de Cuernavaca; y ahí está la iglesia de Santa Marta. Genovevo también, tenía el aspecto de un hombre de raza indígena, enérgico, profundamente ignorantes los dos, absolutamente, a pesar de que los dos sabían leer y sabían escribir. El general Pacheco tenía una muy bonita letra, escribía muy bien, pero sin embargo tenía una ignorancia total. La educación del general Pacheco eran los libros de la iglesia, mientras que Genovevo de la O, ni siquiera a esos había llegado. El sabía leer y escribir elementalmente. Así es que tenía mucho más limitaciones que el general Pacheco. Con ellos fue con los que conviví, ya relaté la descripción de cómo conseguí la confianza de la gente del general Pacheco al tratar a su hijita.\* Entonces dejé totalmente la cuestión médica, porque no sabía nada de medicina y fue entonces cuando conquisté a doce muchachos de las fuerzas de Isidoro Muñoz, que era también muy joven, era de mi misma edad él, me cedió doce de los muchachos que andaban con él y comencé a ir buscando a los grupos que estaban levantados en armas

\* La hija del general Pacheco sufría agudos cólicos. El doctor Baz le dio bicarbonato —que llevaba en un pequeño maletín que llevó desde su salida de México—. Así ganó leche y café, su primer caballo y el respeto de Pacheco y de todo su campamento. (*Gustavo Baz Prada. Maestro emérito. Jubileo de Oro Profesional. 1920-1970.*)



para llevarles el mensaje de la Revolución. Poco a poco me fui poniendo en contacto con ellos. Llegué a atravesar el Valle de Bravo, cuando todavía no era presa sino que era un Valle realmente muy hermoso con milpas muy bonitas. Llegamos allí hasta los límites de Guerrero, después me acerqué a Puebla y recuerden ustedes, que en el *Plan de Ayala* hay un artículo en el que dice que: al triunfo de la Revolución los jefes con mando de fuerza se reunirían en la capital de los Estados y de común acuerdo nombrarían un Gobernador provisional y convocarían a elecciones. Una vez triunfada la Revolución, que estaba establecida la Convención aquí en México, a la cual me habían nombrado representante del general Pacheco a la Convención, tuvo lugar una reunión en Toluca de todos los revolucionarios y a mí me nombraron Gobernador del Estado de México y tenía dos días de nombrado y aún no lo sabía. Lo supe, porque me encargaron de que fuera a ver al general Pacheco, a preguntarle quién era su candidato para Gobernador de Morelos y al llegar a Toluca, me enteré que yo era Gobernador y claro, había sido nombrado Jefe de las Operaciones el general Aldana, que era de mi misma edad y estábamos en la noche en el mismo hotel y cuando nos quitamos el sombrero charro y las cananas y estábamos en paños menores, nos reímos uno del otro de verdad y decíamos cómo es posible que tú seas el Gobernador y yo Jefe de las Operaciones cuando ambos tenemos 20 años.

A.O.B.—¿Ya había conocido al general Zapata entonces?

G.B.P.—Sí, lo había conocido allá en el campamento antes de ser Gobernador; lo conocí porque recibí la comisión tanto de Genovevo de la O, como del general Pacheco de ir a ver al general Zapata a Yautepec. Entonces fui a caballo con un asistente que le decíamos "el cabo", e íbamos con el único salvoconducto, que eran las cananas y el rifle y fui hasta Yautepec. En Yautepec me anuncié con el general Zapata, quien me recibió en una casa que tenía un *bay window* —usted se acuerda cuál es el *bay window*—,

son esas salientes que tienen las casas con muchas ventanitas alrededor. Él estaba sentado ahí en un sillón de mimbre, se había quitado la chaqueta, estaba en chaleco, con un pie sobre el asiento y abrazaba su rodilla; se me quedó mirando, contempló la edad que yo tenía y me dice: "pasa chamaco", entré con cierta impresión de encontrarme frente a un caudillo de su importancia por primera vez. Me senté, me estuvo preguntando del general Pacheco, del general Genovevo de la O, de lo que habíamos observado en los límites con el Distrito Federal. Le manifesté que la comisión que llevaba era pedirle un poco de ayuda económica y que el general Genovevo de la O quería un cañón. Él se rió de mí, ¿y para que quieren el cañón? le dije: "señor, él dice que la mejor manera de defender la entrada al Valle de Cuernavaca, como domina desde su campamento todo el camino, es teniendo allí un cañón". Entonces me dijo que fuera a la Villa de Ayala para que allá platicáramos, me presentó al doctor Briones, que era su médico de cabecera. El doctor Briones me llevó a la Villa de Ayala, allí vivimos en la casa del general Zapata cerca de cinco días atendidos por la que entonces era su esposa una señora Espejo,\* que nos atendió maravillosamente bien; llegó el general Zapata, platicamos allí con él, entonces me dio alrededor de diez o doce mil pesos, no me acuerdo bien, en billetes de los bancos antiguos y monedas de plata. Sabe usted, que atrás de la silla pone uno la cobija, entonces amarré la punta de la cobija haciendo allí como bolsas y allí metí los dineros; los volví a amarrar, después, amarré la silla y con el mismo salvoconducto único: el rifle y las cananas, atravesé otra vez de Yautepec hasta el campamento de Santa Marta, pasando por las tetillas de Cuernavaca. ¿Conocen esos cerritos?, son dos cerritos que parecen realmente los pechos de una mujer y allí dormí una noche en las faldas de esos cerros, teniendo como almohada el dinero envuelto en mis sarapes y así llegamos hasta entregar el

\* Josefa Espejo. Su única esposa legal.

dinero al general Pacheco y anunciarle al general Genovevo de la O, del lado que llegaría el cañón, y realmente llegó el cañón. Entonces me mandó llamar Genovevo y me dice: ¿oyes chamaco tú sabes manejar esto? pues aunque no sabía yo le dije que sí, y entonces me dijo: "bueno pues vamos a tirar un cañonazo", "adonde quiere usted mi general" —dice— "al cerro de la Herradura" le dije: "mi general allí está el general Barona en su campamento" —dice— "no le hace", bueno le quité el cerrojo y viendo por dentro del cañón fui manejándolo hasta ver el cerro de la Herradura, le metimos una granada de 80 milímetros, le cerré y del estacazo casi me quedé sordo; al tercer cañonazo ya teníamos allí el primer enviado de Barona pidiendo que le sesgáramos para otro lado. Eso le pinta un poquito, lo pintoresco de las pequeñas pugnas que había entre unos y otros, porque yo he vivido la Revolución en tres períodos: el primer período, lo llamo "destrutivo", en que dominó la audacia, los Villa, los Fierro, los Orozco, toda esa gente, es como cuando se destapa una botella de agua mineral y surgen mil burbujas, así fue la Revolución en México. No había unidad de ninguna especie en ese momento, toda la gente que estaba incómoda se reunió y se levantó en armas; pero no había un mensaje único y entonces dominó la audacia y los más audaces fueron los que triunfaron en ese período destructivo. Logra irse Huerta y entonces comienza un período de "autoselección", porque eran mil las cabezas que querían mandar. Fue tan curioso, que Wilson mandó como a cien enviados a México a ponerse en contacto con los revolucionarios para saber qué querían, y cada revolucionario quería ponerse en contacto con Wilson, mientras que todos los constitucionalistas, todos decían, que conteste el Primer Jefe. Naturalmente Wilson se entendió entonces con Carranza, porque era imposible que se entendiera con mil gentes distintas y muchos de ellos ignorantes. Entonces terminó el período de la autoselección matándose unos a otros y en ese momento domina la astucia y el más astuto fue Obregón. Después de toda esa lucha entre unos

y otros se establece el contacto desde Sonora hasta Veracruz donde estaba el Primer Jefe; fue precedido ese fenómeno, que culmina allí, o termina en la autoselección; con una escena que describí en un número del *Siempre!*, cuando murió Roque González Garza.

Fui citado un día a Palacio por el general Pacheco, cuando estaba ya Eulalio Gutiérrez como Presidente de la República, nombrado por la Convención. Llegué al Salón Verde, y me encontré que estaban allí Villa, Zapata, el general Pacheco y yo. Salió en ese momento Eulalio Gutiérrez, como Presidente de la República, me sienta en el lugar del Ministro de Educación y me dice: "será usted Ministro de Educación por cinco minutos", y nos sentamos, y comenzó un diálogo de una violencia extraordinaria, entre Villa y Eulalio Gutiérrez, a tal grado, que hubo un momento en que creo que los cinco teníamos la mano en la pistola. De repente, Villa le dice a Zapata "no compadre esto no tiene remedio, tú vas a tomar Puebla y Veracruz y yo voy a arreglar el Norte". Ya todos descansamos, nos levantamos y nos fuimos; y ni Villa arregló el Norte, ni Zapata tomó Puebla y Veracruz. En cambio a los tres o cuatro días, Eulalio Gutiérrez salió de México, abandonó la Convención, como el pivote o el único tornillo que unía a toda aquella masa de revolucionarios que se disgregaron quedando con el dilema: Villa, o Carranza, puesto que ya no había Convención. En ese momento Obregón se movió rápidamente, se puso en contacto con grandes grupos de los ex-convencionistas, los convirtió en constitucionalistas y estableció la unidad de Sonora hasta Veracruz.

Termina ese período que es el de la autoselección y comienza el período "constructivo" y de organización con Calles; desde el momento en que Calles como estadista con una gran visión organizó el partido político que se llamaba el P.R.M., P.N.R.\* o no me acuerdo si tenía otro nom-

\* En un principio se denominó: Partido Nacional Revolucionario, luego Partido Revolucionario Mexicano, para finalmente convertirse en el Partido Revolucionario Institucional.

